

PENSAMIENTO POLÍTICO ARGENTINO DE FIN DEL SIGLO XIX. JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA, EL LENGUAJE METAFÓRICO Y EL “PUEBLO”

Por María Alejandra Doti

I. INTRODUCCIÓN

Nos abocaremos aquí a trabajar sobre el lenguaje metafórico o figurativo, especialmente en José María Ramos Mejía, y, desde ahí, a ver cómo se van construyendo ciertas categorías culturales en Argentina a partir de finales del siglo XIX. Encaramos esta labor desde las premisas de una *filosofía política* que, por un lado, tienda a desarmar lugares fijos o dicotomías absolutas, y, por otro lado, desde la perspectiva del *lenguaje* como modo de comprensión del mundo, en especial a partir de las propuestas formuladas por Hans Blumenberg. Por ello se imponen unas breves consideraciones teóricas preliminares.

Leyendo a Tzvetan Todorov, vemos que la metáfora y las figuras literarias en general se definen por su relación con algo distinto a ellas, por su relación a otra expresión, que hubiera podido estar en lugar de ellas. Es una operación de sustitución, que omite muchos de sus rasgos. Es esta imprecisión de la metáfora, contraria a la exigencia de claridad y distinción cartesiana, la que permite enunciar todo lo que sucede en el mundo y lo que alienta su transformación.

Para Hans Blumenberg, la tarea de una disciplina metaforológica sería, precisamente, la de tratar de ubicar aquello que la *metáfora* siempre enmascara, de buscar los restos de ella, en su transformación sutil a través de la historia. Importa, en definitiva, desenterrar los supuestos en que un cierto “mundo de la vida” histórico construye el imaginario simbólico de la cultura, es decir, la comprensión de este proceso en que la metáfora resulta un estadio inmaduro de representación, pero necesario como subsuelo de lo conceptual.

Según Blumenberg, los mitos y las metáforas tienen funciones distanciadoras y de resguardo respecto de la realidad, aliviando de la gran tensión problemática del ser humano en ella; tal vez algo parecido a la función es-

tabilizante de las “instituciones”. En otras palabras, son medios de “readaptación” de un ser vivo nunca naturalmente adaptado a la lucha por la vida y la supervivencia, y que en definitiva necesita de protecciones artificiales, ya que no le bastan las orgánicas. Este hombre desvalido, siempre en peligro de perecer como especie, necesita de compensaciones míticas frente a la falta de sentido del mundo. Por esa razón, es probable que la ficción lo salve de este mundo incierto, azaroso y amenazante. En definitiva, la metáfora en su función distanciadora enmascara transformaciones sutiles y posicionamientos preconceptuales ante la realidad circundante; y su estudio serio podría dar cuenta del subsuelo histórico pragmático sobre el cual los hombres construyen luego sus teorías y aparatos conceptuales ⁽¹⁾.

Para Blumenberg, la metáfora es un especial caso de inconceptuabilidad, lo que no significa que carezca de efectos pragmáticos; no es algo meramente preliminar, en sentido temporal, a la formación de los conceptos, sino que deviene en una modalidad auténtica de comprensión de conexiones prácticas con el mundo. Por consiguiente, se invita entonces a *invertir la mirada*. Las *metáforas* son fósiles que guían, como un estrato arcaico, el proceso de la curiosidad teórica, tal como el náufrago se agarra de algo para volver a indagar. Y ese es el enigma de la metáfora, ya no es solo “insuficiencia del concepto”, ni “ornato o estorbo del discurso”, como en la retórica, sino una suerte de reinterpretación, una reparación de una anomalía. En efecto, en las palabras finales de su libro *Naufragio con espectador*, bajo el título de “Aproximación a una teoría de la inconceptuabilidad”, Blumenberg insiste en que no hay ninguna entidad universal atemporal, sino que en realidad hay individuos concretos, cuyo equipo cognitivo es creado parcialmente por la comunidad cultural específica en que se desenvuelven y a la que a su vez modifican constantemente. De este modo se construye el llamado espíritu de la época o *zeitgeist* (Blumenberg, 1979) ⁽²⁾.

Por su parte, para Ernesto Laclau, *los significantes lingüísticos* pueden ser como cáscaras, en principio vacías, pero que pueden ser habitadas en su interior por los propios deseos del dicente. Me parece que aquí puede haber una coincidencia o una aproximación con la obra de Hans Blumenberg, pues la metáfora se inserta en este *espacio de traspaso*, de incerteza y ambivalencia, que se corresponde más con la construcción de sentido pragmá-

(1) Acaso no sea inoportuno señalar que, para Susan Sontag, los recursos estilísticos son técnicas de evasión (Sontag, 1996).

(2) Me permito otra digresión: tal vez podríamos conectar esas ideas con las significaciones que Jorge Luis Borges le asignó a la literatura fantástica. En ella prima un estado de vacilación en el lector o en el personaje principal, que duda acerca de si las cosas ocurrieron en el mundo real o no. Expulsando de este campo la poesía como metáfora continua, la metáfora es el campo de la problematización entre el mundo real y el irreal. Por su parte, para Julio Cortázar, la metáfora es una posición frente al mundo, que se abre a lo extraordinario como forma de ver lo que todavía el hombre no puede explicarse. En consecuencia, el papel del lector es crucial en la construcción del texto. Y agrega que aquella refresca el entendimiento, muestra más, y es el texto el que viene a enriquecer la interpretación y no al revés.

tico que con la búsqueda de la verdad en sentido semántico (Blumenberg, 2003).

En la Conferencia de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, 2003, Laclau explicaba que “el Lenguaje es un sistema de diferencias (...) no hay términos positivos sino solo diferencias. Para entender lo que significa el término *padre* yo necesito entender lo que significa el término *madre, hijo*, etc. Y como todos los términos del lenguaje se relacionan diferencialmente unos con los otros, la totalidad del lenguaje está involucrada en cada acto singular de significación. Hegel decía que la única forma de definir los límites de algo es ver lo que está más allá de esos límites. Si yo no viera lo que está más allá de un límite, no podría ver tampoco el límite”.

En las próximas páginas intentaremos referirnos al uso de *las metáforas* en la obra de José María Ramos Mejía. Principalmente, tres de sus obras van a formar parte de este recorrido: *Las neurosis de los hombres célebres* (1878), *Las multitudes argentinas* (1899) y *Rosas y su tiempo* (1907).

En ellas, dentro de ese sistema total de diferencias lingüísticas recíprocas al que se refiere Laclau, la *plebe*, el *pueblo*, ocupa el lugar de la parte que corresponde a la anticultura, que solo puede entenderse como lo diferente de la cultura y de lo no popular. Esta línea de interpretación parece corroborarse en las consideraciones del historiador Gabriel Di Meglio, para quien la *plebe* aparece ahí caracterizada con una primera metáfora marco: es “tan importante como vaga y oscura”. Esta caracterización, que asocia lo popular con lo “oscuro”, lo “indescifrable”, lo “vago” (en el sentido de imprevisible, o tal vez sin función conocida), tal vez haya resultado cristalizante, perdurando acaso hasta nuestros días.

Por supuesto que estas visiones hay que contextualizarlas hacia 1880, momento y contexto en que el consenso general de los historiadores señala como el de la consolidación del Estado central nacional, y el comienzo de una economía y sociedad capitalistas, con la consiguiente aparición de una clase obrera. Dice Di Meglio que la percepción de estos sectores subalternos se fue diluyendo, pero es ahí donde cobra interés la visión de Ramos Mejía, en una perspectiva historicista no clásica, ni todavía atada a la percepción exclusiva de la evolución jurídico-institucional; por ende, todavía en trance de pasar al interés central por la figura histórica de Rosas. El “pueblo” es captado más como un principio que como un actor real (Di Meglio, 2012).

Por eso, nos van a interesar los corrimientos de sentido que las metáforas empleadas por Ramos Mejía expresan, en las que las oposiciones entre masa/líder, enfermo/sano resultan polos que se van entrecruzando y van variando en la determinación del sujeto de la historia. Dichas metáforas revelan que se parte de la “plebe” como *oscura e indescifrable*, pero se advier-

ten tensiones: a veces se la odia y se la rechaza como anticultural e irracional, y a veces se la aprueba y se la necesita.

II. PSICOPATÍA Y POLÍTICA

En *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, escrito en 1878, José M. Ramos Mejía intenta analizar clínicamente a personajes tan diversos como Felipe II, Carlos V, el dictador Francia, Rivadavia, Moreno, Rosas y otros. Así, el autor pasa revista a las alucinaciones del fraile Aldao, el histerismo de Monteagudo o el delirio persecutorio del almirante Brown. Para estos análisis, Ramos Mejía confía plenamente en los avances de la fisiología cerebral de su época, en especial en el campo de las enfermedades mentales. Y pareciera que, dentro de aquel marco interpretativo, el autor invierte la ecuación salud/normalidad, pues todo hace pensar que concibe al hombre como un cuerpo ya enfermo por naturaleza, siendo la razón y la salud, por el contrario, solo ocurrencias momentáneas, accidentes circunstanciales.

Tal vez lo anterior se explique por el interés particular de Ramos Mejía. En efecto, ¿qué es lo que más le llama la atención? Ni la salud completa ni la locura. Su interés se dirige a la zona intermedia, a la fusión imperfecta, la mezcla extraña entre la salud mental y la patología (Ramos Mejía, 2012b: 60). En esos casos de mestizaje mental o intelectual, casos cuasi paradójicos de hombres superiores con trastornos curiosos, se expresa la inteligencia como un momento de locura, de perfección fugaz en que el loco llega a razonar con lucidez extraordinaria (*ibidem*: 63). Este es el lugar de un primer corrimiento semántico en el discurso de Ramos Mejía: de la locura o la anormalidad mental a la genialidad artística, científica, militar o política.

Junto a ese deslizamiento de la locura a la excepcionalidad del genio se opera otro corrimiento semántico de lo mental a lo físico, donde parece suponerse un correlato entre el orden o el desorden de lo primero con relación al orden o desorden de lo segundo. Por ejemplo, las alteraciones encefálicas, que pueden ahora explicar accesos inmotivados de cólera, tics, muecas o manías heredadas, también pueden relacionarse, en ciertas personalidades *líderes*, con un notable desarrollo de sus facultades morales o intelectuales. Y citando la autoridad de Louis Marcé, nos dice:

“El corazón, el cerebro, el hígado, el estómago y los intestinos, lo mismo que el órgano presidencial de la respiración, todos los órganos que forman la máquina animal, pueden tener su parte en este engendro diabólico que sepulta la razón en las regiones oscuras de un ensueño eterno (...) La anemia, el onanismo y las pérdidas seminales, las diátesis dartoza y reumática, la fiebre tifoidea; (...) la menstruación, el embarazo, el parto (...) Las intoxicaciones, el opio (...) lo más a menudo se asocian entre sí causas predisponen-

tes y causas ocasionales, causas morales y causas físicas y su unión no hace sino aumentar la intensidad de su acción” (Ramos Mejía, 2012b: 119).

Pero hay todavía un tercer corrimiento semántico en este texto de Ramos Mejía, un deslizamiento del organismo del individuo al “organismo” social. Por ejemplo, se nos dice que la generación de la independencia se caracterizó por su vigor, relegando a las razas aborígenes por la ley del más fuerte (Ramos Mejía, 2012b: 74-75). Un pueblo es un organismo análogo al organismo humano, que en su evolución se transforma y adquiere otros sentidos morales. Por ello, también las conmociones políticas son causas excitantes de la locura, y en los pueblos en donde una civilización avanzada mantiene al cerebro en perpetuo estímulo, creando esa susceptibilidad enfermiza que propaga el suicidio y la locura, es donde las neurosis han cobrado mayor número de víctimas (*ibidem*: 93).

Este triple deslizamiento semántico en el discurso de Ramos Mejía se torna bien patente en el tratamiento que hace de la figura de Juan Manuel de Rosas (personalidad histórica que, por otra parte, parece haberlo intrigado, interesado y fascinado a lo largo de gran parte de su restante producción intelectual).

En efecto, en el capítulo III, donde trata la *neurosis* del exgobernador de Buenos Aires, se nos dice que “los grandes neurópatas como Rosas, en cuya contextura espiritual existe una atrofia tan extraordinaria del sentido moral, constituyen todas esas anomalías que son en el orden psíquico lo que las monstruosidades de la organización del cuerpo en el orden físico (...) busca el placer en las emociones intensísimas del crimen” (*ibidem*: 100).

Apoyándose en algunas descripciones de Sarmiento en *Civilización y barbarie*, Ramos Mejía puede hablar de la personalidad de Rosas como de un caso de epilepsia larvada: *tenía un temperamento nervioso y sufría ataques neuropáticos* por los cuales subía repentinamente a su caballo y echaba a galopar *dando gritos descompasados y agitando los brazos hasta caer exhausto y traspirado a mares*. Pero este supuesto o real desorden mental/moral y físico de Rosas va asociado también al desorden social del que es producto y parte. Hay, como dijimos, un corrimiento argumental hacia la enfermedad de la sociedad: las monstruosidades o *anomalías de la mente* (o de la moral, como la llama), equiparables a las del cuerpo, propenden a explicar la herencia patológica biocultural, asociando en la época a los maníacos, alcohólicos, histéricos, epilépticos, perseguidos, criminales o extravagantes ⁽³⁾. Y así,

(3) Señalemos que, para Ramos Mejía, además, la educación no cura esa herencia, sino que en todo caso adormece su potencia, atempera sus manifestaciones estableciendo un equilibrio saludable, del mismo modo que la terapéutica individual puede calmar las exacerbaciones físicas de la enfermedad. La enfermedad subsiste, pero debilitada.

toda la época del rosismo puede ser presentada como el estadio histórico de una evolución necesaria, desde la infancia inmadura hacia la adultez:

“Todos esos acontecimientos fueron para Buenos Aires, lo que para ciertas poblaciones neurópatas de la Edad Media la aparición de la peste o la producción de cualquier otro incidente que absorbiera violentamente al espíritu... Esta época de desolación fue para Buenos Aires el momento más crítico de su vida: fueron las convulsiones propias de una infancia difícil y enfermiza” (*ibidem*: 152).

Para recapitular, resumamos diciendo que hay tres deslizamientos o corrimientos discursivos recurrentes en *La neurosis...*: de la patología a la personalidad excepcional (y viceversa); de lo mental a lo físico (y viceversa); y del individuo a la sociedad (y viceversa). Y estos tres deslizamientos semánticos son producto de una metafórica de fondo médica, biológico-organicistas, que los permite, al mismo tiempo que los encubre con una jerga aparentemente científica.

En contexto específico parece ya anunciarse un nuevo tópico de las clases dirigentes argentinas: ¿qué política adoptar para la integración de las masas y, en especial, de las nuevas masas inmigrantes? La estilización del discurso patriótico y la insistencia de la excepcionalidad de los grandes protagonistas de la historia nacional ya comienzan a delinearse como *terapias* políticas a las que recurrir ante nuevas *enfermedades* sociales que parecen inminentes. Es decir, el discurso médico viene en ayuda del intérprete de la realidad social para volverla comprensible. El desorden, la perturbación social quedan explicados como *enfermedades* y, como tales, comprensibles, esperables, eventuales, relativamente tratables. La medicina, de algún modo, provee un esquema aliviador y tranquilizador para el propio autor (y para su tiempo).

III. MEDICINA Y POLÍTICA

Las metáforas que más destacan en la obra de Ramos Mejía son, sin duda, las de *tono medicinal*. En *Las multitudes argentinas* (1899), palabras tales como “masa”, “cuerpo”, “salud”, “enfermedad”, “psicología de lo colectivo”, “organismo”, “anatomía” y “biología”, “energía”, “liderazgo” y “alma” suelen confundirse y entrecruzarse en los mismos párrafos.

De una primera lectura surge que se trata de un estudio de *biología* aplicada, producto de la propia profesión de médico y educador del autor, quien podríamos decir que funda las áreas de estudios de psiquiatría y psicología en la Argentina. Hay en toda esa obra una visión crítica del fenómeno de la irrupción de las masas en la historia argentina, vista como atentatoria de la gobernabilidad. Su mirada desde el positivismo biologicista recoge la idea de que la política puede orientar a las masas. Y ahí hay un punto de coin-

cidencia con autores posteriores procedentes de otras tradiciones teóricas, como Gino Germani y Ernesto Laclau, que también se interesaron por el tema de la relación entre el individuo y la comunidad.

Innegablemente, Ramos Mejía se para y se ubica en el lugar de la confianza en la capacidad de la ciencia para dilucidar el presente. Discurso, por otra parte, que se inserta en la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX, tiempo a su vez en que la ciencia y la sociología permitían ser optimistas respecto del futuro.

Ramos Mejía concibe a los distintos colectivos humanos (sectas, clubes, multitudes) como *personas colectivas*. Como tales, les asigna rasgos humano-psicológicos, especialmente voluntad e imaginación, entre otros. Así pues, comienza a entender a la masa como amenazante, destructiva; y en los ejemplos revolucionarios que cita, la describe como incontrolable, imprevisible, monstruo sin rostro, fuerza bárbara e inmoral. En particular, se ocupa de las masas urbanas, ya no rurales, entremezcladas con los trabajadores y con la inmigración. El problema neural para Ramos Mejía es el de la vuelta al orden, cómo encauzar a las masas bajo el papel rector de las minorías dirigentes, y de ahí su desasosiego por describir la relación entre masa y líder.

Piensa la debilitación de las creencias religiosas como producto de la efervescencia inmigratoria, pero a su vez como el puntapié inicial para construir, en su lugar, nuevos símbolos que hagan de cemento de unión de la voluntad colectiva. Hay aquí un punto de transición, una ruptura, un rechazo a la “masa”, pero también una necesidad de empezar a pensar sobre la educación de esta. Estamos así en un entretiempos entre lo que se ha llamado la “plebe y la chusma”, para ir pasando a la imagen de la “masa” indiferenciada y enrarecida. Es también en este pasaje donde el sujeto particular se halla descentrado, donde la historia comienza a ser percibida no como de héroes, sino como producto de fuerzas irracionales, que salen de la entraña de la sociedad.

Es este un cambio en la visión social, pero que todavía no se traslada a lo político. Por eso, Juan Manuel de Rosas es altamente estudiado por este autor, precisamente porque encarna el encuentro entre masas y liderazgo. Se advierte en la pluma abundante de Ramos Mejía el lugar de lo ambiguo, la evolución darwinista, que permite ir atenuando las expresiones racistas y de rechazo, a medida que el papel de la educación aflora. Y poco a poco, la pampa ahora pasa a ser el lugar de los inmigrantes, ya no de un modo negativo en sí mismo.

Es un autor que encarna a la elite porteña angustiada frente a ciertos vacíos de sentido. Algo en el orden de lo impactante de la *Argentina aluvional*, a la que aludiera José Luis Romero. Y desde este inicio, tal vez esté poniendo

en cuestión ciertos efectos no queridos o no esperados de la modernización argentina de fin del siglo XIX. Por cierto que el fenómeno sociopolítico está aquí secularizado, al aludir a las multitudes como fuerzas ciegas que salen de las entrañas de la sociedad, cumpliendo su destino. Ramos Mejía es rico en *imágenes* más que en conceptos, usa mucho más las representaciones por imágenes sugestivas que tal vez las metáforas en sí.

Por ejemplo, se refiere sobre todo a los obreros y a los sectores populares como anónimos, sin personalidad, de inteligencia vaga, sistema nervioso rudimentario, poco educados, más corazón y estómago que razón. Es en ese pasaje histórico, en medio de la crisis del yo liberal, que aparece el individuo como parte integral del organismo social, pero más peligroso, más sentimental e instintivo. Por supuesto que Ramos Mejía confía en la superioridad de la clase dirigente para encauzar los males, y en el carisma como generador de confianza.

Recordemos que el libro es un prólogo a un estudio sobre Rosas, que es objeto de una traslación matizada. La misma transición, que escapa a certezas y que va desde *el déspota sanguinario* hasta el *líder necesario* que se encuentra con las masas. En esas idas y vueltas, a veces las masas son más patrióticas que la propia elite liberal, a la que ve como egoísta —minoría más burguesa que republicana—, sobre todo si se la ve bajo los acontecimientos de las invasiones inglesas (Terán, 2008).

De este modo, la historia de la multitud se va analizando durante distintos períodos: el virreinato, las primeras multitudes, la emancipación y las tiranías, hasta llegar a los tiempos modernos (divide el estudio en estas secciones o capítulos). Pero siempre la historia se escribe desde las inquietudes del presente del propio autor: el problema de la masa, el gaucho y los caudillos, a veces observados positivamente, como se dijo antes.

Poco a poco, Ramos Mejía da cuenta del aporte de las multitudes a la *nacionalidad argentina*, aporte energético, material, más biológico que político. Y de repente el superhombre criollo supera al intelectualista. Y termina rompiendo con la visión historicista clásica de divorcio entre las masas y la elite. Concluye enfáticamente que las masas no hubieran sido nada sin un *meneur*, un conductor como Rosas, al que, sin embargo, puede criticar en sus aspectos de brutal y abusivo. Ahí, algo del antes y el después sobrevive y le permite concluir que ya no es Buenos Aires el centro de la historia nacional (inversión historiográfica, en términos de Terán), ya que la ciudad aparece como un fenómeno anómalo. El darwinismo (utilizado analógicamente) le sirve como explicación de esta evolución social, pseudocientífica, y le permite hablar del derecho de los poderosos frente a los débiles, y de la necesidad de adaptación. Si bien puede advertirse cierta soberbia y vocabulario despectivo, quizás un estilo de destrato, predomina el modo burlón con imágenes propias de la poética.

Definitivamente, Ramos Mejía pretende conjugar en sí al médico y al educador, confiando en la ciencia para dilucidar el presente. Las metáforas médicas ubican entonces el lugar del enfermo frente al curable. Hay un valor concedido a la política medicinal, ya que lo enfermo conlleva algo eliminable que, como un virus, es ingobernable, desenfrenado e irracional. Las *masas* son gobernables solo por el *meneur*, el conductor, capaz de orientar y de controlar a las multitudes. Pero se ve además que ambos polos se necesitan y se requieren mutuamente, son relacionales en su definición. Podemos ver que la noción de pueblo es algo que va y viene de lo enfermo a lo sano.

IV. LA FISIOLÓGÍA DE LA MULTITUD

¿Cuándo o cómo se produce la fusión del individuo en una “multitud”? Nosotros tal vez responderíamos —de acuerdo a Foucault— que ello se da como efecto de las tecnologías panópticas y disciplinarias de dominación. Veamos la muy diferente respuesta que Ramos Mejía daba a esa cuestión en 1899.

Para empezar, se destaca el lenguaje médico que predomina en el discurso de Ramos Mejía. La “multitud” debe ser estudiada *de cuerpo entero*, logrando una *percepción estereoscópica*, en última instancia, como un *organismo, que no por ser social o político deja de tener, como todos, una fisiología, en la que los agentes tóxicos que guardan en su seno, si bien producen acciones nocivas dejan, a veces detrás, un beneficio que se aprecia más tarde*. Y ya desde las primeras páginas, Ramos Mejía nos señala: “El *virus* que destruye y mata es susceptible de curar y la enfermedad que consume a los organismos valetudinarios puede despertar en los tejidos vigorosos la vida que dormita en la inercia de un intercambio lento y apocado por la falta de naturales estímulos. Como ya lo ha dicho la Fisiología: favorables o nocivos, según la circunstancia de su empleo, *medicamentos* o venenos, según la dosis, tal es la función de los virus conocidos, tal es también, como trataremos de demostrarlo, la de las multitudes en la historia del Río de la Plata” (Ramos Mejía, 2012a: 27) ⁽⁴⁾.

O sea, en términos políticos (al igual que los virus en términos biológicos), las multitudes no son necesariamente malas, sino que también implican o pueden tener efectos positivos. No son ni buenas ni malas en sí mismas; mejor dicho, pueden ser buenas o malas según el caso. Por eso es que Ramos Mejía cree necesario hacer su historia para estudiar el papel que jugó en las diversas coyunturas políticas del pasado argentino hasta la actualidad (Ramos Mejías, 2012, 29). Naturalmente, este es un cambio im-

(4) Todos los resaltados son míos, y tienen la finalidad de llamar la atención sobre el lenguaje médico y biológico que emplea Ramos Mejía.

portante de perspectiva histórica: no son los héroes sus protagonistas, sino las multitudes (p. ej. *ibidem*: 89; 192).

Pero definitorio de la multitud es que el “yo” queda reducido al integrarse a un “organismo” superior que lo subsume: “En determinadas circunstancias, una reunión de hombres posee caracteres nuevos y distintos de los que individual y aisladamente tiene cada uno de ellos. Por una especie de abdicación de la personalidad consciente, que desaparece, diremos así, diluida y transformada, los sentimientos y las ideas de todos tienden a ponerse a un mismo nivel y diapason, en una misma dirección, de tal manera que su organizado conjunto llega a constituir lo que se ha llamado el *alma de la multitud*... (Ramos Mejía, 2012a: 30). Así constituida, la multitud es un *ser relativamente provisorio, como las células cuando constituyen un cuerpo vivo y forman por su reunión un ser nuevo y distinto*. No se debe buscar en ella ni la inteligencia ni la razón que caracterizan al individuo reflexivo; aquella es *puro instinto, casi animalidad*. Y por eso mismo puede a veces ser generosa o heroica, o, más frecuentemente, brutal y agresiva” (*ibidem*: 31; 33).

En fin, según Ramos Mejía, los hombres se *combinan* en una multitud, del mismo modo que las *moléculas*. A ese hombre de la multitud se puede llamar “hombre-carbono” porque por su “fuerza de afinidad” cumple la misma función que el carbono en *la mecánica de los cuerpos orgánicos* (2012a: 36-37). Naturalmente, hay así diversos tipos de multitudes: la de las guerras de independencia era romántica y sentimental; la de la tiranía era emocional y belicosa; la de la organización nacional era en un principio creyente y revolucionaria, pero después se volvió *escéptica y mercantil*, y su alma *no difiere del alma individual* (*ibid.* 225). Es claro que esta última es la que corresponde a los tiempos en que escribe el propio Ramos Mejía, y es claro también que su diagnóstico de esta no parece alegre ni optimista. Sin embargo, también parece comprender su propio tiempo como una época de transición, un lugar de tránsito donde lo viejo aún persiste, pero lo nuevo ya entra para asumir un rol protagónico: “La nacionalidad se va formando por el lento acarreo de elementos de todo el mundo, al molde preparado de este medio peculiar” (*ibidem*: 233).

Es como si, al escribir, Ramos Mejía oscilara entre las demandas de liderazgo de la elite tradicional a la que pertenecía y su concepción de la multitud como sujeto autárquico con vida propia y constructor de la historia.

Como dijimos, en todo esto hay una importante inversión del sentido en que se comprendía la historia (y la política, podemos agregar) hasta el momento. ¿Dónde estaría esta inversión de sentido? Del líder a la masa, de positivo a negativo, y viceversa. El héroe, el grande-hombre, el líder, ha dejado el pedestal de la superioridad carismática, provocando una caída en la creencia cuasi religiosa que pesaba sobre su figura: sin la multitud él no es nada; no es él quien hace a la multitud, sino a la inversa. Así, Juan Manuel de

Rosas pasa, navega, va y viene, de “déspota sangriento” a “líder necesario”. Expresamente, Ramos Mejía juzga a Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, como *jefe temido*, pero *también obedecido* (Ramos Mejía, 1907).

V. CONCLUSIONES

I. La metáfora organicista parece determinar los alcances y los límites de las interpretaciones sociopolíticas de Ramos Mejía. Hacia fines del siglo XIX, la terminología biologicista primó y se impuso casi sin excepción en el ámbito social, y en gran medida significó una crítica contra resabios muy arraigados de conservadorismo cultural, social y religioso. Así, en la Argentina, el organicismo de cuño biologicista se fusionó con el liberalismo secularizante profesado por gran parte de una elite sociopolítica que se pensaba a sí misma como modernizadora y progresista. Y era esa misma autopercepción como elite modernizadora y progresista la que le permitía autojustificarse en un cerrado conservadorismo político. En otros términos: todo lo que esa elite era de liberal y progresista en lo cultural, en lo religioso y hasta en ciertos aspectos de lo social no lo era en lo político ni en otros aspectos de lo social. No es de extrañar que estas ambivalencias produjeran tensiones, contradicciones o ambigüedades entre los intelectuales que de alguna manera expresaban la visión y las preocupaciones de esa elite. La metáfora médica y biologicista con que Ramos Mejía pretende interpretar su tiempo y su pasado, nos da a nosotros, entonces, la clave para la comprensión de la época y el contexto en que escribe el propio autor.

En efecto, en lo que va del 1800 al 1900, se da la irrupción de las masas urbanas, fenómeno que en la Argentina del cambio de siglo se asociaba al enorme flujo inmigratorio que experimentaba el país. Y muchas de las tensiones o ambigüedades de aquella elite dirigente podrían leerse como productos de su propia posición ambigua ante ese proceso. Esa misma elite que había alentado (y aún seguía haciéndolo) la inmigración europea ahora empezaba a sentirse amenazada por los efectos de esa misma inmigración, en particular por el movimiento obrero de impronta anarquista y socialista que promovían esos mismos inmigrantes.

La metáfora médica parece proveerle a Ramos Mejía un andamiaje conceptual que le permite procesar, analizar y gobernar el fenómeno mismo que se le presenta como problema no solo teórico, sino sobre todo práctico y urgente. En otros términos, el discurso médico-social de Ramos Mejía funciona en clave de dispositivo de control de las masas emergentes: hay una enfermedad en ciernes, pero hay también terapéuticas más o menos efectivas si se hace un buen diagnóstico en tiempo oportuno. La reforma educativa en función de *nacionalizar* esas masas es la terapéutica que puede atenuar los efectos nocivos que la inmigración y las nuevas masas nos traen.

II. La metafórica médico-biológica implica la posibilidad de la evolución y el progreso. Pero la pregunta sería si ese crecimiento o cambio evolutivo se produce solo desde dentro del mismo organismo social, o si requiere o admite una intervención externa. Este angustiante dilema parece atravesar la escritura de Ramos Mejía, y aun la de muchas otras miradas de la cultura argentina. Es la tensión entre un determinismo fatalista y un optimismo reformador.

Sin embargo, parece razonable admitir que en Ramos Mejía termina prevaleciendo la segunda alternativa del dilema, pues apuesta a las energías educativas que pueda despertar la “escuela patriótica” a través de la enseñanza de la historia y de las efemérides nacionales. Se trata de asegurar la “argentinización” de las nuevas multitudes, sin renunciar al proyecto de una Argentina acogedora de todos los hombres de buena voluntad. La ambigüedad ante el inmigrante es notoria: se apoya su inserción, pero a su vez se le teme.

Parece haber aquí una apuesta al desarrollo de las ciencias al estilo europeo, pero también una visión americana de la historia argentina. Hay que estar atentos a la transformación sutil de la multitud en la historia: desde la *masa* como desenfreno y desorden hacia su reconocimiento institucional por medio de su progresivo disciplinamiento. En un contexto en que se consolidaba la formación del Estado, pero también en que el proyecto de “orden y progreso” comenzaba a ponerse en cuestión por la aparición de la protesta social y las nuevas ideologías atribuidas al proceso inmigratorio, la metafórica médico-biologicista ofrece un recurso terapéutico: la homogeneización social (patriótica) promovida metódicamente desde las mismas instancias estatales.

Concluyendo, la obra de Ramos Mejía discurre sobre la noción de “pueblo” y se mueve entre dos polos, como decíamos. Pero también es una obra que nos interroga acerca de quién construye la historia: ¿la elite, el pueblo? Poco a poco, la multitud adquiere la categoría de sujeto autárquico, con alma, que suelda lo disperso.

III. Quisiera todavía agregar una última consideración. Como ya dijimos, toda la metafórica médica, en el modo en que la emplea Ramos Mejía, parece expresar las preocupaciones, miedos y problemas que un muy específico contexto sociopolítico le presentaba al autor y al grupo dirigente al que pertenecía. Pero, por otro lado, Ramos Mejía puede también ser comprendido como un autor que está anunciando lo que se avecinaba, el pasaje del liberalismo de la Generación del ‘80 a otros tiempos y esquemas ideológicos distintos. Es un intelectual de transición, podríamos decir.

En efecto, en él se pueden encontrar ya una resignificación de la figura histórica de Rosas, una anticipación del revisionismo histórico y el recono-

cimiento del protagonismo de los hombres comunes, sin visibilidad social, en el accionar nacional. Claro que todo ello aún en clave liberal (o, mejor dicho, no todavía en clave antiliberal). Es este quizás el inicio del camino ambivalente en la percepción de *lo popular*, que marcará nuestra historia posterior.

VI. BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G., "Profanaciones", Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2005, 1ª ed., 1ª reimp.

DI MEGLIO, G., "Historia de las clases populares en la Argentina desde 1516 hasta 1880", Sudamericana, Buenos Aires, 2012.

BLUMENBERG, H., "Naufragio con espectador", Visor, Madrid, 1995.

— "Paradigmas para una metaforología", Trotta, Madrid, 2003.

— "El mito y el concepto de realidad", Herder, Barcelona, 2004.

FOUCAULT, M., "Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión", Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

GERMANI, G., "La sociología de la modernización", Paidós, Buenos Aires, 1969.

LACLAU, E., "Los fundamentos retóricos de la sociedad", FCE, Buenos Aires, 2014.

RAMOS MEJÍA, J. M., "Rosas y su tiempo", Emecé, Buenos Aires, 2001.

— "Las multitudes argentinas", Fondo Nacional de las Artes, Estudio de Psicología Colectiva, Buenos Aires, 2012a.

— "La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina", Biblioteca Emecé Bicentenario, Buenos Aires, 2012b.

ROMERO, J. L., "Las ideas políticas en Argentina", FCE, Buenos Aires, 1975.

SONTAG, S., "Contra la interpretación", Alfaguara, Barcelona, 1996.

TERÁN, O., "Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales (1810-1980)", Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2008.

TODOROV, T., "Introducción a la literatura fantástica", Premia, México, 1980.

VEZZETTI, H., "La locura en la Argentina", Paidós, Buenos Aires, 1985.